

SARMIENTO: LA VOZ DE LA CONTRADICCION

La personalidad de Domingo Faustino Sarmiento puede ser presentada, en trances de evocación, enfocándosela desde diversos ángulos, tan múltiples facetas muestra a todo intento de captación. Pues son muchas las posibilidades que ofrece a la tarea discursiva, posibilidades de análisis, de apología, de historia, de crítica. La vida, el pensamiento y la acción del sanjuanino son un permanente estímulo al juicio de quien lo enfrenta, de tal modo que al cabo de los años el verbo con que corresponde conjugar el discurso ha de estar, con igual sentido de verdad, en tiempo presente como en tiempo pretérito. Lo cual importa señalar que su presencia espiritual trasciende las fronteras temporales de su existencia física penetrando con ímpetu denodado en los dominios del presente en demanda de futuro, que es como decir con exigencia de inmortalidad. Tenerlo en cuenta de este modo tan singular, o cuando menos, tan poco frecuente, es un hecho cierto y no una hipótesis discutible. Sobre este aspecto de su biografía estamos todos de acuerdo con extraña unanimidad discordante, pues lo tenemos en cuenta como presencia viva y, desde luego, actuante lo mismo sus panegiristas como sus detractores. Tanto la afirmación superlativa cuanto la superlativa negación constituyen una realidad polémica persistente, la cual mientras no se calme o agote es demostración muy clara de que la mortaja del silencio, del olvido, la indiferencia o el anacronismo, no envuelve la personalidad del hombre ya transfigurado en hé-

roe. Porque sólo al héroe se le confiere este privilegio de militancia incitante y excitante que perdura aún después de su muerte física. Y en Sarmiento se explica esta circunstancia heroica por varias razones; entre otras, porque su expresión lógica y lírica, racional y emotiva, al mismo tiempo, de su vida, adquiere desde cuando resuena por primera vez hasta el último aliento, el tono vibrante de la embestida polémica. Es, de entrada no más, en el concierto del pensamiento argentino —y por extensión, de América—, la voz resonante del espíritu de contradicción. Contradicción es inquietud, incompatibilidad, disconformismo; es una forma de poner en tensión el pensamiento y la voluntad; es un estado de pasión, pero lúcidamente encendida en los aciertos y en los desaciertos; para la cual la verdad no es una conquista abstracta de la razón lógica, sino una lógica cuya verdad suele estar en el amor de la lucha por la lucha misma, de modo tal que los logros, si llegan, se nos dan como por añadidura. La verdad, en este sentido, es más una búsqueda azarosa, una aventura, que una conquista previa a su imposición; es más un camino para recorrer que un itinerario ya transitado. De aquí el desarrollo del espíritu polémico, de aquí la lógica de la contradicción actuando. Pero esta voz sarmientina de la contradicción no actúa en un plano de abstracciones ideales como podría hacerlo un filósofo reflexivo, actúa en el mundo concreto de la historia como corresponde a un político renovador que se ha impuesto a sí mismo, para imponerlo a los demás, un programa concreto que ha de insertarse en el vasto programa de la renovación nacional. Téngase en cuenta, para captar el cabal sentido de esta verdad, que Sarmiento solía decir, quizás con pueril jactancia, que él era contemporáneo de la patria, lo que también implica afirmar con manifiesta intención henchida de sugerencia, que era hijo, como la patria misma, de una revolución libertadora. En su “Diario de Merrimac”, Sarmiento estampó esta confesión: “Soy un ente raro. Otros lo son mucho más, sin apercibirse de ello. Soy un intermediario entre dos mundos distintos. Empecé a ser hombre entre la colonia española que había concluido y la Repúbli-

ca que aún no se organizaba; entre la navegación a vela y el vapor que comenzaba"... Mas conviene, para aclarar y subrayar la lógica de nuestro discurso, detenerse un instante sobre estas frases auto biográficas. Para Sarmiento, la revolución libertadora que acuna la infancia de la patria y que se manifiesta no sólo como un proceso de afirmación nacional sino continental, no es un fenómeno puramente político. No se trata únicamente de organizar un estado soberano aunque esta empresa importe la afirmación formal, constitucional y jurídica de la independencia anhelada. El programa revolucionario emancipador entraña esencialmente la postulación de un nuevo estilo de vida que Sarmiento traduce, siguiendo en esto una corriente ideal característica de su generación, en un programa concreto que abarca desde la política a la literatura, desde la ética a la economía, desde la educación popular al arte. "Había vendas espesas de ignorancia y de barbarie en el pueblo y traté de arrancarlas; oí el ruido en torno mío; ruido de cadenas que aún no estaban rotas, y me junté con quienes forcejeaban por quebrantarlas"... dice Sarmiento en una carta a David Peña. Por necesidad de síntesis, por economía de ideas, por urgencias de espíritu polémico, para una más fácil comprensión de la índole de su empresa, traduce en una tensión contradictoria, que es esquema tajante, dilema inflexible, su actitud como programa histórico, en el enfrentamiento de civilización y barbarie. Entre estos dos polos discordantes, el uno positivo y el otro negativo, ha de circular la corriente de la lucha, o sea: la vida del pensamiento y el drama de la acción. El desarrollo lógico de este movimiento contradictorio, de esta polémica vital, está expuesto en la obra escrita de Sarmiento; y está, asimismo, en la acción del político, concretamente puesta en marcha desde las diversas funciones y responsabilidades que hubo de asumir en su larga peripecia de estadista. La historia de este drama personal tiene sentido de heroísmo merced a la fuerte y obstinada resistencia que ha de vencer y que nunca fue, hasta nuestros días, cabalmente vencida. Y tiene plástica belleza dramática porque la aventura del héroe se confunde con

la aventura del país donde actúa, formando, individuo y sociedad, una fuerza unitaria y contradictoria al mismo tiempo. Civilización y barbarie, impulso de avance y resistencia anacrónica, son como el anverso y el reverso de una sola realidad combatiente. Para librar esta lucha, la razón no basta por sí misma a fin de asegurar la victoria; pues una cosa es la razón humana y otra la razón histórica. La razón humana necesita no sólo una mente lúcida que la revele como verdad abstracta, sino un brazo fuerte que la imponga como realidad concreta. Y este brazo sarmientino de nuestra metáfora, fue una fuerza pasional, una idea que hendía la superficie de la sociedad hasta penetrar en sus entrañas ora a la manera de una espada, ora a la manera de un arado. Porque quien se impone a sí mismo la misión civilizadora, en aquel tiempo, ha de ser tanto un soldado como un legislador, lo mismo un arquitecto que un albañil ;ha de diseñar la racional geometría de sus sueños como echar los cimientos y levantar los muros de la construcción ideada. Pero el piso no es blando, ni los materiales necesarios son tan fácilmente manuable; el constructor no opera con dócil arcilla. El pasado colonial y la barbarie presente están allí, enfrentando como otra pasión discordante, la arremetida del renovador.

No sería correcto hablar, aquí, de un diálogo, pues no puede haber comercio de ideas ni mutua comprensión, cuando se hablan lenguajes tan diferentes y desde planos tan disímiles. En la tensión dialéctica de civilización y barbarie no hay posibilidad de síntesis, ni de armonía; hay una fractura, una contienda, en la cual uno de los términos se propone aniquilar al opuesto. De aquí la pasión combatiente. En esta atmósfera encendida, la voz contradictoria de Sarmiento asume un tono, un énfasis, un arrebató que es singular en mérito a que obedece a un modo de ser que le es propio, algo que está en la naturaleza de Sarmiento mismo, algo consustanciado con su temperamento; pocas veces la palabra autenticidad, ahora tan en boga, puede ser aplicada con mayor precisión para calificar la actitud de un hombre, de un escritor, de un propagandista.

Hasta podría decir que Sarmiento se sumerge en esa atmósfera y se mueve en ella con cierta fruición, con un íntimo deleite, con una sensación como la que podría experimentar el pájaro en la libertad del aire que lo sostiene, o el pez en la clausura propicia del agua. El dominio, el señorío que ejerce sobre los elementos donde agita y consume su vitalidad desbordante: el periódico, el libro, la tribuna, todo cuanto acomete en empresas de expansión pública, adquiere cierta artística plasticidad y emoción poética porque brota de su natural inspiración sin violencia alguna, como brota el fruto del árbol obedeciendo a una mecánica ley de causalidad. Si la poesía también es acción, no cabe duda que en Sarmiento se dan las aptitudes inspiradas y proféticas de un genuino poeta; sólo que cuanto en el poeta es juego y lujo de fantasía, en Sarmiento es obra y disciplina de imaginación. Claro que, a veces, a fuer de romántico que se niega a confesarse como tal, pues cree haber superado esa "forma mentis", transfigura en trances de historiador, los hombres en mitos para arremeter contra éstos, cuando los forja como mitos de la barbarie, con el mismo arrebató heroico con que Don Quijote arremetía contra molinos y malandrines. Pero no hay locura, sino lucidez en las embestidas sarmientinas aparentemente irracionales. ¿Pues, qué es por definición un mito? Es una mezcla de realidad y de fantasía. Podrán ser producto de su fantasía los hombres-mitos que Sarmiento señalaba como arquetipos expresivos de la barbarie; pero la barbarie era una realidad. Ese especial modo de vida, de costumbres, de ideas y sentimientos, de intereses también, que Sarmiento calificaba genéricamente como barbarie, no era un producto de su fantasía; sino una viviente y porfiada realidad humana y social que era necesario y urgente vencer. El artista, pluma en mano, transfigura la realidad, pero no la inventa; en todo caso, la observa, la analiza, la interpreta, la exhibe plásticamente, la desnuda si se cubre con alguna ficción seductora, la desenmascara, y ya con esto la está destruyendo. Usando un lenguaje muy actual, Sarmiento es un pensador, un literato, un novelista, un poeta comprometido. Compromiso con-

sigo mismo, compromiso con su programa de vida pública, compromiso, en fin, con el ideal de civilización y de cultura que ilumina la pasión que lo mueve. Y como obedece a una misional necesidad perentoria, su voz expresa el urgente, saludable, inquietante espíritu de la contradicción en cuya fecundidad dialéctica cifraba el éxito de su empresa regeneradora.

Hace suya, en este sentido, una tarea colectiva de la cual son milicia de sacrificio todas las conciencias argentinas integrantes de aquel equipo excepcional que tuvo a Echeverría por heraldo de la gran aventura nacional. Su primer grito contradictorio apunta, como flecha encendida, contra el ya reseco pasado inmediato colonial. Promueve el incendio de la hojarasca para despejar el campo, pues urge sembrar en terreno limpio. Pero sabe asimismo que no sólo la superficie necesita higiene, que las raíces están adentradas y que la flora parasitaria se reproduce con obstinada insistencia. No sabe, quizás, que el pasado nunca muere del todo, que llevamos su peso a cuestas; pero él es de los que piensan que debemos enterrar a los muertos; y se sacude como un potro para desembarazarse de la carga superflua. Pero la colonia, lo que él llama despectivamente el coloniaje, también es historia, y como tal, herencia. Mas esta herencia puede ser puesta en tela de juicio, sometida al análisis crítico; porque no sólo contiene valores ideales, también instituciones; un concepto de la vida y un modo de vida que le corresponde, que le es inherente. Y como la historia no es estática, sino dinámica, sobre todo en el ámbito de la civilización occidental, Sarmiento crítico, contradictorio, negador del pasado, es una expresión viva de ese dinamismo fluyente, negación del marasmo social y de la inercia mental más hijos de la pereza que del amor al pasado. Entre el pasivo deleite de la nostalgia que es emoción de la vejez y el activo deleite de la esperanza que es amor de la juventud, Sarmiento quiere para un país joven, para una nación que nace, el amor activo y fecundo de la esperanza .

La colonia ha quedado atrás, aunque todavía insepulta. Pero el futuro es una imagen, un proyecto, un ideal ;todavía no

es historia; pero es pensamiento y ya basta para considerarlo como historia que se está haciendo. Hacer historia es estar creando el futuro, ¿pues hacia qué horizonte puede dirigirse la acción de cada jornada? El hacedor de historia está en trance de profecía, con el pensamiento y con la acción. Y en el caso de nuestro héroe su pensamiento ya es, por sí mismo, acción en potencia. Porque es virtud de la contradicción, como es falta de virtud en el conformismo, suscitar en torno inquietud mental tanto como actividad renovadora. Ya lo tiene dicho el gran humanista libertario francés Han Ryner: "Por purificarse de toda anchura, la línea se desvanece; por librarse de todo espesor, la superficie se dispersa; por huir de toda contradicción, pierde el pensamiento la vida". ¿Y la vida misma, la activa y fecunda, la del hombre y la del universo, no es acaso una permanente, dramática, contradicción en denodada demanda de esa suprema armonía que siempre se busca y difícilmente se alcanza? ¿Y no suele ser la vida íntima de cada uno, una contradicción, un conflicto, entre nuestro espíritu y nuestra naturaleza? Unamuno, el agonista, el del sentimiento trágico de la vida, que tanto admiraba a nuestro Sarmiento, en virtud, sin duda, de una relación de simpatía profunda, de afinidad temperamental, mucho ha discurrido sobre este aspecto de la existencia individual y colectiva. El maestro de Salamanca ha dicho: "Mas he aquí que en el fondo del abismo se encuentran la desesperación sentimental y la volitiva, y el escepticismo racional frente a frente, y se abrazan como hermanos. Y va a ser de este abrazo, un abrazo trágico, es decir, entrañadamente amoroso, de donde va a brotar manantial de vida, de una vida seria y terrible". Así, de este conflicto contradictorio entre el pasado y el presente henchido de futuro, entre lo que Sarmiento entendía como barbarie anacrónica y civilización futurista, entre la fe agostada de la mentalidad escolástica y la fe viva de las nuevas creencias libertadoras, Sarmiento desata una lucha que es manantial de vida. Sobre la existencia argentina, arroja su voz como piedra que hiende la superficie y provoca la inquietud, removiendo las almas estancadas. Pero

nadie inquieta al prójimo si no se inquieta, antes ,a sí mismo. La fe de Sarmiento no es la del fanático que se cree seguro poseedor de la verdad. Es una fe que nace de la duda, pero que la vence y supera, como corresponde a la lógica interna de un combatiente contradictorio. No es, ésta que formulo, una caprichosa interpretación de su personalidad. La elaboro sobre confesiones de Sarmiento mismo. En cierta ocasión dijo: "Por mi madre me alcanzaban las vocaciones coloniales; por mi padre se me infiltraban las ideas y preocupaciones de aquella época revolucionaria". Más tarde, en una disertación leída tributando homenaje a Darwin, discurre Sarmiento sobre la teoría de la evolución que éste acepta como elaboración científica, pero no se detiene en el ámbito de la ciencia exclusivamente, la acepta también "como procedimiento del espíritu —son sus palabras— porque necesito reposar sobre un principio armonioso y bello a la vez, a fin de acallar la duda, que es el tormento del alma". Sólo un alma atormentada, sacudida por fuerzas internas contrastantes, puede luchar heroicamente para vencer a la duda entrañable que es como el tábano de la ironía socrática que nos punza manteniéndonos despiertos e inquietos. Esta es la fecundidad de la contradicción que trasciende del hombre al medio que lo rodea. Y el país todo fue y sigue siendo la caja de resonancia donde esa voz vibra y se expande en ondas cada vez más dilatadas que atraviesan el tiempo, que es historia, y todavía nos alcanza a nosotros con la fuerza punzante de su inquietud tan generosamente abarcadora que lo mismo penetra en quienes le aman como en quienes le rechazan; pero en la hondura del humano sentimiento, el amor y el odio se abrazan como hermanos, hijos de la misma paternidad que los suscita. Ambas pasiones brotan del manantial caliente de Sarmiento. De tal modo que no ha llegado para él la hora del reposo absoluto, de la infinita quietud de la muerte, de la paz oscura de la tumba. Se diría que para él fue escrita la exclamación unamuniana: "¡Y Dios no te dé paz y sí gloria!".

LUIS DI FILIPPO
Obispo Gelabert 2674, Santa Fe



“LAS AUSENCIAS”
Tinta de Pedro Giacaglia

